

En *Le Surréalisme* (1950), Yvonne Duplessis escribe: El humor no es sólo característico de aquellos que no se dejan cegar por la realidad. Tiene un costado más profundo, en tanto expresa el deseo del yo de liberarse de la realidad y volverse inmune a sus ataques. Los golpes del mundo exterior pueden incluso provocar placer. André Breton cuenta el ejemplo de Sigmund Freud de cómo un condenado de camino al cadalso un día lunes exclamo: “¡Pero qué buena manera de empezar la semana!” Gracias a la protección que proporciona contra “los padecimientos a los que nos somete el dolor”, el humor tiene un “valor muy alto” y “percibimos que es especialmente efectivo cuando se trata de liberarnos y de elevarnos”.

La opinión de Breton de que el humor nos libera y eleva era un aspecto esencial de la idea que tenían los surrealistas del potencial utópico del arte de crear un mundo mejor y más hermoso. El humor en las películas de Nathalie Djurberg también puede ser a la vez negro y absurdo. Al principio, todo parece directo e inocuo. Las figuras animadas hechas de plastilina se mueven de aquí para allá en escenarios dibujados o rudimentariamente contruidos. El formato es similar al de los programas infantiles de televisión, y al ver sus obras uno tiene la innegable sensación de ser un niño otra vez, de que el mundo es vasto y está lleno de cosas nuevas y estimulantes.

Sin embargo, muy pronto descubrimos que esas cosas nuevas y estimulantes tienen su costado oscuro y amenazante. Las niñas que juegan entre las brillantes flores se ponen súbitamente a pelear entre ellas, el hombre que correteaba con las niñas de manera cada vez más intrusiva es asaltado brutalmente, y en otra película dos niñas se ahogan en excremento. También hay figuras de animales, no sólo como adorables mascotas, sino como criaturas indomables y traicioneras.

El resultado es una estética torcida. La banda de sonido de Hans Berg, verdaderamente psicótica, potencia la sensación de que algo está decididamente mal. Son como películas infantiles condicionadas. El mundo de cuento de hadas es rasgado al medio por una brutalidad violenta y angustiante. Se trata de la soledad y del comportamiento a veces absurdo del hombre, pero se trata también de la guerra, el miedo, la inseguridad y la sexualidad. Y la muerte.

Sus películas son también acerca de las injusticias sociales. ¿Pero donde encaja su obra desde el punto de vista de lo que es políticamente correcto? Ese aspecto no es para nada ambiguo. Cada vez son más los medios de comunicación que nos bombardean con imágenes de sexo y violencia en todas las formas y versiones, imaginables e inimaginables. El entretenimiento se funde con la información. La política se transforma en un drama. El drama se hace política. Por un lado, nos educan para ser ciudadanos activos que se mantienen informados de los acontecimientos del mundo globalizado. Por el otro, ya no somos capaces de

estructurar o diferenciar entre mentira y verdad, entre correcto y incorrecto, entre realidad y ficción. Todo está a la venta. Es difícil defendernos, proteger nuestras vidas, en un entorno así.

Sospecho que hay mucho de la propia Nathalie Djurberg en sus películas. Es Nathalie contra el mundo. Ella procesa sus propios miedos y desesperación, y deja salir algunas de sus fantasías más secretas: el humor sardónico de sus películas logra imponer distancia de los temas más serios. Los bruscos pasajes de la risa a la angustia nos recuerda a Freud: el humor se convierte en una forma de insubordinación, en una negativa a rendirse a los prejuicios sociales.

La obra de Djurberg discute el modo en que la experiencia estética puede combinarse con problemas de tipo ético. Hay una línea de *La Opera del Mendigo*, obra de John Gay de 1728 que Bertold Brecht transformó en *La Opera de Tres Centavos*, que dice lo siguiente: “el asesinato es el crimen más glamoroso del que un hombre puede ser culpable.” El retrato de un asesinato no es un asesinato real, pero puede ser mostrado como si lo fuera. Para Brecht, la experiencia estética pertenecía sobre todo al terreno de la ficción. Como él mismo lo dijo, la imagen de una fábrica en un periódico, por ejemplo, no dice nada de la situación social, económica o política de los trabajadores. Y para poder describir esas condiciones, es necesario hacer teatro.

Un mundo de cuento de hadas es un instrumento especialmente dúctil para contar la complejidad del comportamiento humano. Las películas de Djurberg critican explícitamente diversos tipos de atropellos, y los atropellados o explotados siempre ganan al final. Pero el humor y la fábula garantizan, por ejemplo, que la violencia en sus películas nunca sea explícita. Por el contrario, sólo ocurre en la imaginación del espectador. El autor del siglo XIX Thomas de Quincey afirmó que el asesinato como una de las bellas artes no es el asesinato en sí sino la historia del asesinato. En otras palabras, la presentación de los hechos tiene mayor valor que los hechos originales. En consecuencia, al observar un asesinato nuestra perspectiva no puede ser la de la víctima, sino la del asesino, o la de un testigo presencial. Si fuésemos capaces de ponernos en el lugar de la víctima, nuestro miedo sería tan sobrecogedor que la apreciación estética sería imposible.

Es probablemente por eso que las películas de Nathalie Djurberg son a la vez divertidas e inquietantes, privadas y públicas, que producen satisfacción y dolor a la vez. Por su ambigüedad, son esquivas. Su obra se balancea entre la esperanza y la desesperación. La tensión nos pone en guardia permanentemente y me hace inmune a todo. El definitiva, su obra apela a mi rechazo como ser humano a ser esposado y controlado.

John Peter Nilsson

